50 Años de un Hermoso Discurso Equivocado

29 x 83

El 29 de octubre de 1933, en el teatro de la Comedia de Madrid, José Antonio Primo de Rivera pronunciaba su discurso de fundación de la Falange Española.

En él se sintetizaba el pensamiento de un líder joven que adquiriría singular relieve en España y trascendería incluso las fronteras de su patria.

José Antonio (como se le conoce en España) era una figura para muchos cautivante. La reciedumbre y elegancia de su estilo se combinaban en él con singular claridad y brillo. La original agudeza de sus percepciones se veía potenciada ya fuera por el vigor ético o bien por la fina ironía con que sabía plantearlas.

No fue ajeno a ello que, en Chile, la Falange Nacional surgida pocos años después —que sería el antecedente directo de la actual Democracia Cristiana— escogiese aquel nombre. Las flechas rojas y las camisas azules uniformadas que hasta hoy conservan los democratacristianos chilenos fueron y son virtuales réplicas de los símbolos de la Falange Española. Hasta el saludo romano-fascista de ésta —brazo en alto— llegó en esa época a nuestra tierra.

La Falange Española asumía una fuerte crítica hacia una sociedad decadente. Frente a una derecha tradicional sin ideas y limitada a lugares comunes en defensa del orden establecido, los falangistas se planteaban como una opción revolucionaria capaz de evitar la alternativa opuesta del totalitarismo socialista marxista.

Atribuyendo la causa directa e inevitable de la decadencia que enfrentaban a la filosofía liberal (sin mayores distingos) y a la democracia política unida al capitalismo económico que estimaban inherentes a esa filosofía, los falangistas españoles postulaban una tercera posición radicalmente distinta tanto de la enunciada como de su alternativa opuesta de socialismo colectivista.

José Antonio propiciaba reemplazar la democracia liberal por un régimen corporativo. Al efecto, decía hace 50 años:

"Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si esas son nuestras unidades naturales... ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos que, para unirnos en grupos artificiales, empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?".

Fundamento adicional de ello era que "la patria es una unidad total... que no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado".

Bajo el sofisma implícito de que la unidad nacional debe llevar a todos los buenos patriotas a pensar de la misma manera, nacionalismos de variado origen han repetido —y repiten hasta hoy— sus catilinarias contra la existencia de los partidos políticos.

La falacia de José Antonio de que los gremios son entidades naturales que unen, mientras los partidos son agrupaciones artificiales que dividen, sigue siendo invocada

para propiciar un régimen corporativo, en que las autoridades políticas se generen a partir de los gremios y no del sufragio universal susceptible de canalizarse en partidos políticos. En Chile la hemos escuchado últimamente con majadería.

No hace falta un bisturí analítico muy fino para advertir que los partidos políticos son entidades tan naturales como los gremios, ya que ambos constituyen expresiones diversas del mismo derecho natural de asociación, sólo que por móviles y con fines diversos. Igualmente claro resulta que si bien los gremios unen a sus miembros en pro de comunes intereses, los antagonizan ante intereses contrapuestos de otros compatriotas. Así como si bien los partidos hacen rivalizar a quienes discrepan en sus ideas políticas, unen a aquellos que las comparten.

Lo fundamental es advertir que, detrás de la inviable idea de generar el poder político a partir de los gremios (transformando el resultado de su ejercicio en componendas entre los intereses más poderosos como algo consustancial al sistema), hay un factor todavía mucho más grave.

La pretensión de prescindir de los partidos políticos es sólo el disfraz del intento de suprimir todo pluralismo ideológico. Porque resulta evidente que como nadie puede pensar que al Estado se le gobierne sin un cuerpo básico de ideas, fluye ostensible que la supresión de las ideologías y de los partidos que las canalicen, necesariamente esconde la tesis de la ideología única y el partido único.

Al proclamarse en nombre de una supuesta unidad nacional, en vez de hacerlo en el de una clase, el totalitarismo que de ahí nace —en lugar del sello marxista— lleva el del nacionalismo fascista. Pero igualmente totalitario. Tan simple y repetido como hace medio siglo.

Jaime Guzmán